

VOLTAIRE

MEMNON

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

VOLTAIRE

MEMNON

Cierto día Memnón concibió el insensato proyecto de ser totalmente cuerdo. No hay muchos hombres a quienes esta locura no les haya pasado alguna que otra vez por la cabeza. Memnón se dijo:

“Para ser muy cuerdo, y por consiguiente muy feliz, no hay más que carecer de pasiones; y nada más fácil que eso, como todo el mundo sabe. En primer lugar, nunca me enamoraré de ninguna mujer; pues, al ver una belleza perfecta, me diré: estas mejillas se arrugarán tarde o temprano; estos hermosos ojos terminarán rodeados de un cerco rojizo; este abombado pecho se hará liso y flácido; esta hermosa cabeza se tornará calva. Pues bien, basta con verla ahora con los mismos ojos con que la veré entonces, y así sin duda alguna tan bella cabeza no me hará perder la mía.

“En segundo lugar, seré siempre sobrio; tanto da que me tienten con manjares exquisitos, con vinos deliciosos, con la seducción de la compañía; bastará con que me imagine las consecuencias de los excesos, la cabeza pesada, el estómago repleto, la pérdida de la razón, de la salud y del tiempo y entonces sólo comeré por la necesidad, mi salud será siempre la misma, mis ideas siempre puras y luminosas. Todo ello es tan fácil que no hay ningún mérito en conseguirlo.

“Luego hay que pensar un poco en mi fortuna; mis deseos son moderados; mis bienes están seguros en manos del recaudador general de finanzas de Nínive; tengo con qué vivir en la independencia: éste es el mayor de los bienes. Nunca me veré en la cruel necesidad de hacer de pedigüeño en la corte; no envidiaré a nadie y nadie me envidiará. He ahí también algo muy importante. Tengo amigos —continuaba—, los conservaré, puesto que no tendrán nada que reprocharme. Nunca me enojaré con ellos, ni ellos conmigo; en este punto no preveo dificultad alguna.”

Después de haber trazado de este modo su pequeño plan de cordura en su aposento, Memnón se asomó a la ventana. Vio a dos mujeres que se paseaban bajo unos plátanos junto a su casa. Una era vieja y parecía no pensar en nada; la otra era bonita y parecía muy preocupada. Suspiraba, lloraba y todo ello no hacía más que aumentar sus encantos. Nuestro sabio quedó conmovido, no por la belleza de la dama (estaba bien seguro de no sentir semejante debilidad), sino por la aflicción en la que la veía. Bajó a la calle; abordó a la joven niviesa con el propósito de consolarla juiciosamente. Esta bella muchacha le contó, con el aire más ingenuo y más conmovedor, todo el mal que le hacía un tío que ella no

tenía; de qué artimañas se había valido éste para arrebatarle unos bienes que ella jamás había poseído, y todo lo que tenía que temer de su violencia.

— Vos me parecéis un hombre de tan buen consejo — le dijo —, que si tuvierais la bondad de acompañarme hasta mi casa y examinar mis asuntos, estoy segura de que me sacarías del grave conflicto en que me encuentro.

Memnón no dudó en seguirla para examinar juiciosamente sus asuntos y para darle un buen consejo.

La afligida dama le llevó a una estancia perfumada y le hizo sentarse al lado de ella, con muchas cortesías, en un amplio sofá en el que los dos se sentaron con las piernas cruzadas, el uno enfrente del otro. La dama habló bajando los ojos, de los que de vez en cuando resbalaban lágrimas, y al que levantarse encontraban siempre las miradas del sensato Memnón. Sus palabras estaban impregnadas de una emoción que se redoblaba cada vez que se miraban. Memnón tomaba muy a pecho aquellos asuntos, y cada vez se sentía con mayores deseos de ayudar a una joven tan digna y tan desventurada. Con el calor de la conversación dejaron insensiblemente de estar enfrente el uno del otro. Sus piernas ya no se cruzaban. Memnón la aconsejó tan de cerca y le dio consejos tan tiernos, que ni el uno ni el otro podían hablar de negocios, y ya no sabían por dónde andaban.

En éstas, llegó el tío; como bien puede imaginarse, iba armado de pies a cabeza; y lo primero que dijo fue que iba a matar, como era justo, al juicioso Memnón y a su sobrina; la última frase que se le escapó indicaba que podía perdonar a cambio de mucho dinero. Memnón se vio obligado a dar todo lo que tenía. En aquellos tiempos uno podía darse ya por muy feliz si salía del paso a este precio; América aún no había sido descubierta, y las damas afligidas no eran ni mucho menos tan peligrosas como lo son hoy día.[1]

Memnón, avergonzado y desesperado, volvió a su casa; allí encontró una esquela en la que se le invitaba a almorzar con varios de sus amigos íntimos.

“Si me quedo solo en mi casa — se dijo —, no dejaré de pensar en mi triste aventura y no comeré; caeré enfermo; ese mejor que vaya a hacer una frugal comida en compañía de mis amigos íntimos. Al calor de su compañía olvidaré la necesidad que he cometido esta mañana.”

Acude a la cita; le encuentran un poco tristón. Le hacen beber para disipar su tristeza. Un poco de vino tomado moderadamente es un remedio para el alma y para el cuerpo. Así es como piensa el juicioso Memnón; y se emborracha. Le proponen jugar después de la comida. Jugar entre amigos es un pasatiempo perfectamente digno. Juega; pierde todo lo que lleva en la bolsa y cuatro veces más sobre su palabra. Se origina una disputa sobre el juego, se acaloran: uno de sus amigos íntimos le tira un cubilete a la cabeza y le saca un ojo. Devuelven a su casa al juicioso Memnón, borracho, sin dinero y con un ojo menos.

Duerme un poco su borrachera, y apenas se siente la cabeza más desembarazada, envía a su criado a buscar dinero a casa de su recaudador general de finanzas de Nínive para pagar a sus amigos íntimos: le dicen que aquella misma mañana su deudor se ha declarado en

quiebra fraudulenta, sembrando la alarma en cien familias. Memnón, encolerizado, se dirige a la corte con un emplasto sobre el ojo y un memorial en la mano para pedir justicia al rey contra el quebrado. En un salón encuentra a varias damas, todas las cuales llevaban con un aire muy tranquilo unos aros de veinticuatro pies de circunferencia, Una de ellas, que le conocía un poco, dijo mirándole de soslayo:

— ¡Ah! ¡Qué horror!

Otra, que le conocía más, le dijo.

— Buenas tardes señor Memnón; os aseguro, señor Memnón, que tengo mucho gusto en veros; y, a propósito, señor Memnón, ¿por qué habéis perdido un ojo?

Y se alejó sin esperar su respuesta. Memnón se ocultó en un rincón y esperó el momento en que pudiera arrojarse a los pies del monarca. Este momento llegó. Besó tres veces la tierra y presentó su memorial. Su graciosa Majestad le acogió muy favorablemente y dio el memorial a uno de sus sátrapas para que le informase de su contenido. El sátrapa llevó a Memnón aparte y le dijo con un aire altivo y un acento amargamente burlón:

— Señor tuerto, a mi juicio ha sido muy grande vuestra osadía al dirigiros al rey antes que a mí, y aún mayor al atreveros a pedir justicia contra un honrado quebrado al que honro con mi protección, y que es sobrino de una camarera de mi amante. Renunciad a vuestras peticiones, amigo mío, si queréis conservar el ojo que os queda.

De este modo, Memnón, que por la mañana había renunciado a las mujeres, a los excesos de la mesa, al juego, a toda disputa, y sobre todo a la corte, antes de la noche había sido engañado y robado por una bella dama, se había embriagado, había jugado, había tenido una disputa, había perdido un ojo, y había ido a la corte, donde se habían burlado de él.

Petrificado de asombro y abrumado por el dolor, salió del palacio sumido en sombrías reflexiones. Decidió volver a su casa; allí encontró a los alguaciles que desamueblaban su casa en nombre de los acreedores: Allí quedó casi desvanecido bajo un plátano; y no tardó en pasar la bella dama de la mañana, que se paseaba con su querido tío, y que se echó a reír al ver a Memnón con su parche. Llegó la noche; Memnón se tendió sobre la paja, junto a las paredes de su casa. La fiebre se apoderó de él; se durmió por obra de aquel acceso febril y un espíritu celestial se le apareció en sueños.

Todo él resplandecía de luz. Tenía seis hermosas alas, pero ni pies, ni cabeza, ni cola, y no se parecía a nada.

— ¿Quién eres? — le dijo Memnón.

— Tu genio bueno — le respondió el otro.

— Devuélveme mi ojo, mi salud, mis bienes, mi cordura — le dijo Memnón.

Luego le contó cómo había perdido todo aquello en un solo día.

— He ahí aventuras que nunca nos ocurren en el mundo que habitamos nosotros — dijo el espíritu.

— ¿Y en qué mundo habitáis? — preguntó el hombre afligido.

— Mi patria — respondió él — está a quinientos millones de leguas del Sol, en una pequeña estrella próxima a Sirio, que puedes ver desde aquí.

— ¡Pues vaya país! — dijo Memnón — ¿O sea que entre vosotros no hay bribonas que engañan a un pobre hombre, ni amigos íntimos que le ganan su dinero y que le sacan un ojo, ni financieros que se declaran en quiebra, ni sátrapas que se burlan de uno mientras se niegan a haceros justicia?

— No — dijo el habitante de la estrella —, nada de todo eso. A nosotros nunca nos engañan las mujeres, porque no hay; nunca hacemos excesos en la mesa, porque no comemos; nadie se declara en quiebra, porque entre nosotros no hay ni oro ni plata; no es posible que nos saquen los ojos, porque no tenemos cuerpos como vosotros; y los sátrapas nunca nos hacen injusticias, porque en nuestra pequeña estrella todo el mundo es igual.

Memnón, entonces, le dijo:

— Monseñor, sin mujeres y sin comida, ¿en qué pasáis entonces el tiempo?

— En velar — dijo el genio — por las otras esferas que nos han sido confiadas; y vengo para consolarte.

— ¡Ay de mí! — replicó Memnón —. ¿Por qué no veníais la noche pasada para impedirme que cometiera tantas locuras?

— Estaba junto a Asán, tu hermano mayor — dijo el ser celestial —. Él es mas digno de compasión que tú. Su graciosa Majestad el rey de las Indias, en cuya corte tiene el honor de encontrarse, le ha hecho arrancar los dos ojos por una pequeña indiscreción, y actualmente está en una mazamorra con los pies y las manos encadenados.

— Pues no vale la pena — dijo Memnón — tener a un genio bueno en la familia para que, de dos hermanos, el uno sea tuerto y el otro ciego; el uno duerma en la paja y el otro en prisión.

— Tu suerte cambiará — contestó el animal de la estrella—. Es cierto que siempre serás tuerto; pero, exceptuando esto, serás muy feliz, con tal de que nunca te forjes el necio proyecto de ser totalmente juicioso.

— ¿O sea que es una cosa imposible de conseguir? — exclamó Memnón, suspirando.

— Tan imposible — le contestó el otro — como ser totalmente hábil, totalmente fuerte, totalmente poderoso, totalmente feliz. Incluso nosotros estamos muy lejos de esto. Existe

una esfera en que todo esto se da; pero en los cien mil millones de mundos que están esparcidos por el espacio, todo se por grados. Se tiene menos cordura y placer en el segundo que en el primero, menos en el tercero que en el segundo, y así en todos los demás hasta llegar al último, en el que todo el mundo está completamente loco.

— Mucho me temo — dijo Memnón — que nuestro pequeño globo terráqueo es precisamente el manicomio del universo del que me hacéis el honor de hablarme.

— No del todo — dijo el espíritu —; pero no anda muy lejos; es preciso que todo esté en su lugar.

— En este caso — dijo Memnón —, ciertos poetas y ciertos filósofos se equivocan por completo al decir que todo va bien.

— No, tienen muchísima razón — dijo el filósofo de las alturas—, si consideran la disposición del universo entero.

— ¡Ah! Yo no creeré en esto — replicó el pobre Memnón — hasta que deje de ser tuerto.

“ El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario: María Florencia Chaia.”